



VII

Estas y otras calidades distinguían á Pepe Ronzal, á quien Joaquinito Orgaz tenía mucho miedo. Tal vez sabía el de Pernueces que Joaquín imitaba perfectamente sus disparates y manera de decirlos. Además, Ronzal aborrecía á don Álvaro Mesía y á cuantos le alababan y eran amigos suyos. Joaquín era uña y carne del marquesito—el hijo del marqués de Vegallana—y éste el amigo íntimo de don Álvaro.

—Buenas tardes, señores—dijo Ronzal sentándose en el corro.

Dejó los guantes sobre la mesa, pidió café y se puso á mirar de hito en hito á Joaquín, que hubiera querido hacerse invisible.

—¿De quién se murmura, pollo?—preguntó el diputado dando una palmada en el muslo no muy lucido del sietemesino.

Para piernas, Ronzal. En efecto, las estiró al lado de las del joven para que pudiesen comparar aquellos señores.

Joaquín contestó:

—De nadie.

Y encogió los hombros.

—No lo creo. Estos madrileñitos siempre tienen algo que decir de los infelices provincianos.

—Así es la verdad—dijo el ex-alcalde.—Su amigo de usted, el Provisor, era hoy la víctima.

Ronzal se puso serio.

—¡Hola!—dijo—¿también *espifor*? (Espiritu fuerte en el francés de Trabuco.)

—Se trataba—añadió Foja—de las varas que toma ó no toma cierta dama, hasta hoy muy respetada, y de los refuerzos espirituales que su atribulada conciencia busca ó no busca en la dirección moral de don Fermín... Je, je!...

Ronzal no entendía.

—A ver, á ver; exijo que se hable claro.

Joaquín miró á su papá como pidiendo auxilio.

El señor Orgaz se atrevió á murmurar:

—Hombre, eso de exigir...

—Sí, señor; exigir. Y hago la cuestión personal!

—Pero ¿qué es lo que Vd. exige?—preguntó el muchacho agotando su valor en este rasgo de energía.

—Exijo lo que tengo derecho á exigir, eso es; y repito que hago la cuestión personal.

—¿Pero qué cuestión?

—Esa!

Joaquín volvió á encogerse de hombros, pálido como un muerto. Comprendió que el tener razón era allí lo de menos. Á Ronzal ya le echaban chispas los ojos montaraces. Se había embrollado y esto era lo que más le irritaba siempre, perder el discurso á lo mejor.

—Sí, señor, esa cuestión; y quiero que se hable claro!

Ni él mismo sabía lo que exigía.

Foja se encargó de poner las cosas claras.

—El señor Ronzal quiere que se le explique si se piensa que es él quien pone las varas que esa señora toma ó deja de tomar.

—Eso es!—dijo Ronzal, que no pensaba en tal cosa, pero que se sintió halagado con la suposición.

—Quiero saber—añadió—si se piensa que yo soy capaz de poner en tela de juicio la virtud de esa señora tan respetable...

—Pero ¿qué señora?

—Esa, don Joaquín, esa; y de mí no se burla nadie.

La disputa se acaloró; tuvieron que intervenir los señores venerables del rincón oscuro; tan grave fué el incidente. Se pusieron por unanimidad de parte del señor Ronzal, si bien reconocían que se enfadaba demasiado. Le explicaron el caso, pues aún no había dejado que le enterasen. «No se trataba de Ronzal. Se había dicho allí, con más ó menos prudencia, que el señor Magistral iba á ser en adelante el confesor de la señora doña Ana de Ozores de Quintanar, porque esta ilustre y virtuosísima dama, huyendo de las asechanzas de un galán, que no era el señor Ronzal...

—Es Mesía—interrumpió Joaquín.

—Pues miente quien tal diga—gritó Trabuco muy

disgustado con la noticia. — Y ese señor don Juan Tenorio puede llamar á otra puerta, que la Regenta es una fortaleza inexpugnable. Y en cuanto al que trae tales cuentos á un establecimiento público...

— El Casino no es un establecimiento público — interrumpió Foja.

— Y se hablaba entre amigos, en confianza — añadió Orgaz, padre.

— Y eso del don Juan Tenorio vaya V. á decirselo á Mesía — gritó Orgaz hijo desde la puerta, dispuesto á echar á correr si la pulla ponía fuera de sí al bárbaro de Pernueces.

No hubo tal cosa. Se puso como un tomate Trabuco, pero no se movió, y dijo:

— Ni Mesía ni San Mesía me asustan á mí! y yo lo que digo, lo digo cara á cara y á la faz del mundo, *surbicesorbi* (á la ciudad y al mundo en el latín ronzalesco.) No parece sino que don Alvarito se come los niños crudos, y que todas las mujeres se le... — y dijo una atrocidad que escandalizó á los señores del rincón oscuro.

— ¡Silencio! — se atrevió á decir bajando la voz Joaquinito, sin dejar la puerta.

— ¿Cómo silencio? Á mí nadie... ¡caballerito!

Se oyó una carcajada sonora, retumbante, que heló la sangre del fogoso Ronzal. No cabía duda, era la carcajada de Mesía. Estaba hablando con los señores del dominó en la sala contigua. Le acompañaban Paco Vegallana y don Frutos Redondo. Llegaron á donde estaba Ronzal. Éste había vuelto á sentarse y se quejaba de que se le había enfriado el café, que tomaba á pequeños sorbos. Había hecho una seña á los del corro. Quería decir que callaba por pura discreción.

Don Álvaro Mesía era más alto que Ronzal y mucho más esbelto. Se vestía en París y solía ir él mismo á tomarse las medidas. Ronzal encargaba la ropa á Ma-

drid; por cada traje le pedían el valor de tres y nunca le sentaban bien las levitas. Siempre iba á la penúltima moda. Mesía iba muchas veces á Madrid y al extranjero. Aunque era de Vetusta, no tenía el acento del país. Ronzal parecía gallego cuando quería pronunciar en perfecto castellano. Mesía hablaba en francés, en italiano y un poco en inglés. El diputado por Pernueces tenía soberana envidia al Presidente del Casino.

Ningún vetustense le parecía superior al hijo de su madre ni por el valor, ni por la elegancia, ni por la fortuna con las damas, ni por el prestigio político, si se exceptuaba á don Álvaro. Trabuco tenía que confesarse inferior á este que era su bello ideal. Ante su fantasía el Presidente del Casino era todo un hombre de novela y hasta de poema. Creíale más valiente que el Cid, más diestro en las armas que el Zuavo, su figura le parecía un figurín intachable, aquella ropa el eterno modelo de la ropa; y en cuanto á la fama que don Álvaro gozaba de audaz é irresistible conquistador, reputábase auténtica y el más envidiable patrimonio que pudiera codiciar un hombre amigo de divertirse en este pícaro mundo. Aunque pasaba la vida propalando los rumores maliciosos que corrían acerca del origen de la regular fortuna que se atribuía al Presidente, él, Ronzal, no creía que ni un solo céntimo hubiese adquirido de mala fe.

Ronzal era reaccionario dentro de la dinastía y Mesía, dinástico también, figuraba como jefe del partido liberal de Vetusta que acataba las Instituciones. En todas partes le veía enfrente, pero vencedor. Mandaban los de Ronzal, éste era diputado de la comisión permanente, y sin embargo, entraba don Álvaro en la Diputación, y él quedaba en la sombra; no era Mesía de la casa, tenía allí una exigua minoría, y desde el portero al Presidente todos se le quitaban el sombrero, y don Álvaro para aquí, y don Álvaro para allá; y

no había alcalde de don Álvaro que no viese aprobadas sus cuentas, ni quinto de Mesía que no estuviera enfermo de muerte, ni en fin, expediente que él moviese que no volara.

¡Y sobre todo las mujeres!

Muchas veces en el teatro, cuando todo el público fijaba la atención en el escenario, un espectador, Ronzal, desde la platea de proscenio clavaba la mirada en el elegante Mesía, aquel *gallo* rubio, pálido, de ojos pardos, fríos casi siempre, pero candentes para dar hechizos á una mujer. Aquella pechera, aquel *plaston* (como decía Ronzal) inimitable, de un brillo que no sabían sacar en Vetusta, que no venía en las camisas de Madrid, atraía los ojos del diputado provincial como la luz á las mariposas. Atribuía supersticiosamente al *plastron* gran parte en las victorias de amor de su enemigo.

El, Ronzal, también lucía mucho la pechera, pero insensiblemente tendía al chaleco cerrado y á la corbata acartonada. Volvía á ver la pechera del otro, y volvía él á los chalecos abiertos. Miraba á Mesía Ronzal, y si aplaudía su modelo aborrecido aplaudía él, pero pausadamente y sin ruido, como el otro. Ponía los codos en el antepecho del palco y cruzaba las manos, y se volvía para hablar con sus amigos aquel don Alvaro de una manera singular que Trabuco no supo imitar en su vida. Si Mesía paseaba los gemelos por los palcos y las butacas, seguía Ronzal el movimiento de aquellos que se le antojaban dos cañones cargados de mortífera metralla: ¡infeliz de la mujer á quien apuntara aquel asesino de corazones! Señora ó señorita ya la tenía Ronzal por muerta de amor ó deshonrada cuando menos.

Mejor que todos conocía las víctimas que el don Juan de Vetusta iba haciendo, le espiaba, seguía, como sus miradas, sus pasos, interpretaba sus sonrisas, y

más de una vez (antes morir que confesarlo), más de una vez esperó el tiempo que solía tardar el otro en cansarse de una dama para procurar cogerla en las torpes y groseras redes de la seducción ronzalesca.

En tales ocasiones solía encontrarse con que aquellos platos de segunda mesa se los comía Paco Vegallana, el marquésito.

Todo esto sabía Trabuco, pero no lo decía á nadie.

Negaba las conquistas de Mesía.

—Ya está viejo—solía decir;—no digo que allá en sus verdores, cuando las costumbres estaban perdidas, gracias á la gloriosa... no digo que entonces no haya tenido alguna aventurilla... Pero hoy por hoy, en el actual momento histórico—el de Pernueces se crecía hablando de esto—la moralidad de nuestras familias es el mejor escudo.

Estas conversaciones se repetían todos los días; el objeto de la murmuración variaba poco, los comentarios menos y las frases de efecto nada. Casi podía anunciarse lo que cada cual iba á decir y cuándo lo diría.

Don Álvaro notó que su presencia había hecho cesar alguna conversación. Estaba acostumbrado á ello. Sabía el odio que le consagraba el de Pernueces y la admiración de que este odio iba acompañado. Le divertía y le convenía la inquina de Ronzal, gran propagandista de la leyenda de que era Mesía el héroe; y aquella leyenda era muy útil, para muchas cosas. También había conocido la imitación grotesca del Estudiante—él le llamaba así todavía—y se complacía en observarle, como si se mirase en un espejo de *la Rigolade*. No le quería mal. Le hubiera hecho un favor, siendo cosa fácil. Algunos le había hecho tal vez, sin que el otro lo supiera.

Aunque sin aludir ya á la Regenta, se volvió á hablar de mujeres casadas.

Ronzal, como otros días, defendía en tesis general la moralidad presente, debida á la restauración.

—Vamos, que Vd., Ronzalillo, en estos tiempos de moralidad... —dijo el alcalde, con su malicia de siempre.

Sonrió un momento Trabuco, pero recobrando la serenidad exclamó:

—Ni yo ni nadie; créanme Vds. En Vetusta la vida no tiene incentivos para el vicio. No digo que todo sea virtud, pero faltan las ocasiones. Y la sana influencia del clero, sobre todo del clero catedral, hace mucho. Tenemos un obispo que es un santo, un magistral...

—Hombre, el Magistral... no me venga V. á mí con cuentos... Si yo hablara... Además, todos Vds. saben...

El que empleaba estas reticencias era Foja.

—El señor Magistral—dijo Mesía, hablando por primera vez al corro—no es un místico que digamos, pero no creo que sea solicitante.

—¿Qué significa esto?—preguntó Joaquinito Orgaz.

Se lo explicó Foja.

Se discutió si el Magistral lo era. Dijeron que no Ronzal, Orgaz padre, el marquesito, Mesía y otros cuatro; que sí Foja, Joaquinito y otros dos.

Tomada la votación, para contentar á la minoría, el presidente del Casino declaró imparcialmente que «el verdadero pecado del Provisor era la simonía.»

El marquesito, licenciado en derecho civil y canónico, se hizo explicar la palabreja.

Según don Álvaro, la ambición y la avaricia eran los pecados capitales del Magistral, la avaricia sobre todo; por lo demás era un sabio; acaso el único sabio de Vetusta; un orador incomparablemente mejor que el obispo.

—No es un santo—añadía—pero no se puede creer nada de lo que se dice de doña Obdulía y él, ni lo de

él y Visitación; y en cuanto á sus relaciones con los Páez, yo que soy amigo de corazón de don Manuel, y conozco á su hija desde que era así—media vara—protesto contra todas esas calumniosas especies.

(Ronzal apuntó la palabra; él creía que se decía especies.)

—¿Qué especies?—preguntó el marquesito, que para eso estaba allí.

—¿No lo sabes? Pues dicen que Olvidito está supe-ditada á la voluntad de don Fermín; que no se casa ni se casará porque él quiere hacerla monja, y que don Manuel autoriza esto, y...

—Y yo juro que es verdad, señor don Álvaro—gritó Foja.

—¿Pero cree V. también que el Magistral haga el amor á la niña?

—Eso es lo que yo no sé.

—Ni lo otro—dijo Ronzal.

Mesía le miró aprobando sus palabras con una inclinación de cabeza y una afable sonrisa.

—Señores—añadió Trabuco, animándose—esto es escandaloso. Aquí todo se convierte en política. El señor Magistral es una persona muy digna por todos conceptos.

—Dijolo Blas.

—Lo digo yo!

—Como si lo dijera el gato.

Hubo una pausa. El ex-alcalde no era un Joaquinito Orgaz.

Aquello de gato pedía sangre, Ronzal estaba seguro, pero no sabía cómo contestar al liberalote.

Por último dijo:

—Es Vd. un grosero.

Foja, que sabía insultar, pero también perdonaba los insultos, no se tuvo por ofendido.

—Yo lo que digo lo pruebo—replicó;—el Magistral

es el azote de la provincia : tiene embobado al obispo, metido en un puño al clero; se ha hecho millonario en cinco ó seis años que lleva de Provisor; la curia de Palacio no es una curia eclesiástica sino una sucursal de los Montes de Toledo. Y del confesonario nada quiero decir; y de la Junta de las Paulinas tampoco; y de las niñas del Catecismo... chitón, porque más vale no hablar; y de la Corte de María... pasemos á otro asunto. En fin, que no hay por dónde cogerlo. Esta es la verdad, la pura verdad : y el día que haya en España un gobierno medio liberal siquiera, ese hombre saldrá de aquí con la sotana entre piernas. He dicho.

El ex-alcalde entendía así la libertad ; ó se perseguía ó no se perseguía al clero. Esta persecución y la libertad de comercio era lo esencial. La libertad de comercio para él se reducía á la libertad del interés. Todavía era más usurero que clerófobo.

Aunque maldiciente, no solía atreverse á insultar á los curas de tan desfachatada manera, y aquel discurso produjo asombro.

¿Cómo aquel socarrón, marrullero, siempre alerta, se había dejado llevar de aquel arrebató? No había tal cosa. Estaba muy sereno. Bien sabía su papel. Su propósito era agradar á don Álvaro, por causas que él conocía ; y aunque el Presidente del Casino fingiera defender al canónigo, á Foja le constaba que no le quería bien ni mucho menos.

—Señor Foja—respondió Mesía, seguro de que todos esperaban que él hablase—hay cuando menos notable exageración en todo lo que Vd. ha dicho.

—*Vox populi...*

—El pueblo es un majadero—gritó Ronzal.—El pueblo crucificó á Nuestro Señor Jesucristo, el pueblo dió la cicuta á Hipócrates.

—Á Sócrates—corrigió Orgaz, hijo, vengándose bajo el seguro de la presencia de don Álvaro.

—El pueblo—continuó el otro sin hacer caso—mató á Luis diez y seis...

—¡Adiós! ya se desató—interrumpió Foja.

Y cogiendo el sombrero añadió :

—Abur, señores ; donde hablan los sabios sobramos los ignorantes.

Y se aproximó á la puerta.

—Hombre, á propósito de sabios—dijo don Frutos Redondo, el americano, que hasta entonces no había hablado.—Tengo pendiente una apuesta con usted, señor Ronzal... ya recordará Vd... aquella palabreja.

—¿Cuál?

—Avena. Usted decía que se escribe con *h*...

—Y me mantengo en lo dicho, y lo hago cuestión personal...

—No, no ; á mí no me venga Vd. con circunloquios; Vd. había apostado unos callos...

—Van apostados.

—Pues bueno, ¡ajajá! Que traigan el Calepiño, ese que hay en la biblioteca.

—¡Que lo traigan!

Un mozo trajo el diccionario. Estas consultas eran frecuentes.

—Búsquelo Vd. primero con *h*—dijo Ronzal con voz de trueno á Joaquinito, que había tomado á su cargo, con deleite, la tarea de aplastar al de Pernueces.

Don Frutos se bañaba en agua de rosa. Un millón, de los muchos que tenía, hubiera dado él por una victoria así. Ahora verían quién era más bruto. Guiñaba los ojos á todos, reía satisfecho, frotaba las manos.

—¡Qué callada! qué callada!

Orgaz, solemnemente, buscó avena con *h*. No pareció.

—Será que la busca Vd. con *b*; búsquela Vd. de corazón.

—Nada, señor Ronzal, no parece.

—Ahora búsquela Vd. sin *h*— exclamó don Frutos, ya muy serio, queriendo tomar un continente digno en el momento de la victoria.

Ronzal estaba como un tomate. Miró á Mesía, que fingió estar distraído.

Por fin Trabuco, dispuesto á jugar el todo por el todo, se puso en pié en medio de la sala y cogió bruscamente el diccionario de manos de Orgaz, que creyó que iba á arrojárselo á la cabeza. No; lo lanzó sobre un diván y gritando dijo:

—Señores, sostenga lo que quiera ese libraco, yo aseguro, bajo palabra de honor, que el diccionario que tengo en casa pone avena con *h*!

Don Frutos iba á protestar, pero Ronzal añadió sin darle tiempo.

—El que lo niegue me arroja un mentís, duda de mi honor, me tira á la cara un guante, y en tal caso... me tiene á su disposición; ya se sabe cómo se arreglan estas cosas.

Don Frutos abrió la boca.

Foja, desde la puerta, se atrevió á decir:

—Señor Ronzal, no creo que el señor Redondo, ni nadie, se atreva á dudar de su palabra de Vd. Si Vd. tiene un diccionario en que lleva *h* la avena, con su pan se lo coma; y aun calculo yo qué diccionario será ese... Debe de ser el diccionario de Autoridades...

—Sí, señor; es el diccionario del Gobierno...

—Pues ese es el que manda; y Vd. tiene razón y don Frutos confunde la avena con la Habana, donde hizo su fortuna...

Don Frutos se dió por satisfecho. Había comprendido el chiste de la avena que se había de comer el otro y fingió creerse vencido.

—Señores—dijo—corriente, no se hable más de esto; yo pago la callada.

Casi siempre pasaba él allí por el más ignorante, y el ver á Ronzal objeto de burla general, le puso muy contento.

Se quedó en que aquella noche cenarían todos los del corro á costa de don Frutos. ¡Raro desprendimiento en aquel corazón amante de la economía! Ronzal creyó que una vez más se había impuesto á fuerza de energía; ¡y ahora delante de don Álvaro! Aceptó la cena y el papel de vencedor; por más que estaba seguro de que en su casa no había diccionario. Pero ya que Foja lo decía...

Había cesado la lluvia. Se disolvió la reunión, despidiéndose hasta la noche. Aquellos eran, fuera de Orgaz padre, los ordinarios trasnochadores.

La cena sería á última hora. Mesía ofreció asistir á pesar de sus muchas ocupaciones.

¡Cuánto envidió esta frase Ronzal! Comprendió que todos habían interpretado lo mismo que él aquellas «ocupaciones». Eran ¡ay! cita de amor. «¡Tal vez con la Regenta!» pensó el de Pernueces; y se prometió espiarlos.

Don Álvaro Mesía, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz salieron juntos. El Marquesito comprendió que á don Álvaro le estorbaba Orgaz.

—Oye, Joaquín, ahora que me acuerdo ¿no sabes lo que pasa?

—Tú dirás.

—Que tienes un rival temible.

—¿En qué... plaza?

—Tienes razón, olvidaba tus muchas empresas... Se trata de Obdulia.

—Hola, hola—dijo Mesía, sonriendo de pura lástima:—¿con que tiene Vd. en asedio á la viudita?

—Sí—dijo Paco—es... el Gran Cerco de Viena.

Joaquín, á pesar de lo flamenco, se turbó, entre avergonzado y hueco. Sabía positivamente que don Álvaro